

Crónica literaria

La abuela, raíz y fruto: María de los Santos
MARÍA ELENA BERRÍOS SERRANO⁶¹



*La abuela*⁶²

⁶¹Maestra en educación inicial y doctora en ciencias de la educación. Directora del Centro de Educación Inicial “Carlos Soublette” del Ministerio del Poder Popular para la Educación de Venezuela.
Correo electrónico: maeberrios@gmail.com
⁶²Tomado de: <https://www.tiktok.com/@produccionesbonafillo1/video/7534475663949008159>

ENSAYO Y ERROR. NUEVA ETAPA. AÑO XXXIV. NOS. 67-68
Caracas, 2025. Revista de Educación y Ciencias Sociales.
Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.
Depósito Legal: pp.199102Dc4209. ISSN: 1315-2149 ISSN-e: 2610-8119

Hoy no celebramos sólo los años, sino la biografía sagrada de una vida profundamente vivida. Celebramos el alma inquebrantable de aquella niña a la que la infancia se le arrebató demasiado pronto, y que, en su lugar, recibió el yugo prematuro de la tierra y el deber.

Antes de aprender las canciones de juegos, aprendió el lenguaje silencioso del surco, el peso de la herramienta y la dureza de un mundo que no conocía la ternura.

Creció a la sombra de padres sin calor, y luego, la vida la llevó a un campo aún más arduo, donde su juventud se midió en cosechas, en ordeños al amanecer, en el cuidado de animales y la asistencia a obreros, con un esposo que partió dejando en sus manos el mundo entero: hijos adolescentes, un hogar, un futuro por inventar.

No le enseñaron a amar con palabras. El amor, para ella, no fue un sentimiento abstracto, sino un verbo conjugado en todos los tiempos y modos.

Fue el acto de amasar el maíz con manos cansadas, de levantar a los nueve hijos con la fortaleza silenciosa de quien no se rinde, de construir un universo de resiliencia con las uñas llenas de tierra.

Su escuela fue el campo, su filosofía fue la perseverancia, y su poesía fue la leche tibia de la vaca en el balde, el cacareo de las gallinas, el sustento que brotaba de su esfuerzo incansable.

Esa niña pequeña que fue, no se perdió; se transformó. Se convirtió en el roble que da sombra a generaciones. En la madre que suple con hechos la carencia de besos. En la abuela y bisabuela que teje, con el hilo dorado de su sacrificio, un linaje entero.

Por eso, hoy honramos a la niña que sobrevivió. Honramos a la mujer que se enfrentó a la vida con lo único que tenía: sus manos, su coraje, su silencio elocuente. Y, sin saberlo, nos enseñó la lección más profunda: que el amor más puro no es el que recibe, sino el que se decide dar, incluso cuando el mundo no te ha dado ninguno.

Tu legado no está escrito en libros, sino en la vida digna de tus hijos e hijas, en fortaleza de tu estirpe. Eres el testimonio vivo de que de la tierra más árida puede brotar el jardín más frondoso: el éxito de sus hijas e hijos.

Felices 80 años a nuestra raíz más profunda, a nuestro ejemplo de que la vida, con todos sus desdenes, se puede vivir con una dignidad imbatible.

Con todo nuestro amor y admiración eterna.